

desarrolla conforme a sus reglas, tiene como personaje central, no al típico héroe negativo, sino a un pícaro. Hay una gran diferencia entre el escéptico "fuera de la ley" y el Harry Fabian del film, interpretado por Richard Widmark, que aspira a llegar muy alto por los medios que sean. De nuevo podría establecerse un paralelo entre este personaje y los de una literatura característica, la de Dreiser y Upton Sinclair en este caso. Por lo demás, aunque Dassin sitúa la acción de su film en Londres, no por ello deja de reflejar estados de ánimo enteramente norteamericanos.

De nuevo es la violencia el tema fundamental del film. Una violencia que se expresa no sólo en las escenas de lucha física, sino en las relaciones siempre exasperadas, siempre a punto de estallar, que mantienen entre sí los personajes. Dassin hace corresponder a esa constante situación límite una forma brillante que abunda en ideas originales por lo que a la composición y al movimiento interno de cada imagen se refiere y en la que se advierte una clara influencia expresionista.

Sin embargo, la brillantez exterior encubre una esquematización de los personajes. No nos engañemos: esquematiza quien no sabe o no puede hacer otra cosa. Dassin fue, en realidad, el gran manierista del *cine negro*. En *Siniestra obsesión* el desarrollo de la trama no logra sino confirmar la idea que nos hayamos podido hacer de los personajes desde el principio. Dassin en ningún momento es capaz de profundizar en ellos y de descubrir ese trasfondo contradictorio que el estudio de todo ser humano revela. (Nicholas Ray lo ha demostrado con creces gracias, precisamente, al empleo sistemático de la situación límite y de la violencia como tema.) Me temo que el cine de Dassin resistirá muy mal el paso del tiempo. Se impone una nueva visión de *Fuerza bruta* para ratificar o rectificar tal impresión.

En cambio, la otra película presentada, *Cuando termina el camino* (*Where the sidewalk ends*), ha venido a confirmar el gran talento y el clasicismo de un realizador todavía insuficientemente estimado: Otto Preminger. En su película se da el salto de un género a otro, del film policiaco al *cine negro*, por la curiosa situación en que se ve el protagonista. Este personaje es un policía que por culpa de su afición a los métodos persuasivos violentos se ve convertido en un asesino, en un héroe negativo. Así, el film se transforma en el minucioso análisis de una crisis de conciencia. Preminger escruta las actitudes y el rostro impasible de Dana Andrews en busca de una revelación que nunca será completa, puesto que de esa búsqueda se desprende una idea de inagotabilidad, o sea, de riqueza psicológica. El personaje, en situación desesperada, siente por la maravillosa Gene Tierney (que en el otro film, el de Dassin, hace un papel insignificante) el amor trágico de los "fuera de la ley". En tales condiciones (y ésta es una de las características temáticas del *cine negro*) la pasión amorosa llevará la marca del desinterés, de la sinceridad total. Estamos a un paso del auténtico *amour fou*. Pero si el amante desesperado es siempre conmovedor, se comportará con la dignidad necesaria

para no despertar en nosotros una compasión que resultaría inmoral.

Preminger (que, de acuerdo con algo ya dicho, cree en la realidad y no como Dassin, en la imagen, según la célebre distinción de Andre Bazin) se concreta a seguir la aventura psicológica de su personaje comunicando a la forma el mismo ritmo de los hechos espirituales que se relatan. Si Dassin impone una forma entre sus personajes y nosotros, Preminger se empeña en darnos la mayor libertad para que sepamos de los suyos lo más que podamos. De ahí que los movimientos de cámara no parezcan cumplir otro cometido que el de ayudarnos a ver y de ahí que cada encuadre esté concebido de acuerdo con una noción de esencialidad.

Ésa es la clase de cine que puede aspirar legítimamente al clasicismo. Si el film de Preminger pasó desapercibido en su momento, ello no debe extrañarnos. Los clásicos lo son, precisamente, en función de una perspectiva temporal. La obra de Preminger, como las de Nicholas Ray, Howard Hawks o Fritz Lang, cineastas que también "creen en la realidad", está destinada a agigantarse con el tiempo, aun a costa de no ser apreciada en el primer momento. Es verdad que por el camino contrario, el del culto a la imagen, se puede llegar también al

clasicismo, siempre que se tenga el genio de un Eisenstein, un Welles o un Resnais. O sea, por un proceso de sublimación que haga legítimos ciertos procedimientos formales que, utilizados por cineastas comunes y corrientes, no revelan sino deshonestidad e impotencia. (O si no, remitámonos a las películas de Marguerite Duras *sin* Alain Resnais.)

He aquí, pues, que lo que no pretendía ser sino la reseña de dos films pertenecientes al *cine negro* se ha convertido impremeditadamente en una reflexión sobre el cine moderno. Todos los caminos conducen a Roma. Y creo que cualquier pretexto es bueno para insistir en que una crítica cinematográfica no cumplirá su verdadera función en tanto no se proponga revisar los juicios ya formulados, aunque ello nos obligue a bajar a algunos realizadores del pedestal en que nosotros mismos los pusimos.

Y es que, en definitiva, el *cine negro* sólo existe como fenómeno sociológico. Cinematográficamente hablando, existen un Preminger y un Dassin. No dejemos que las consideraciones marginales nos impidan juzgar lo único realmente enjuiciable: a los hombres que, a través del cine, tratan, consiguiéndolo o no (y ésta es la regla de oro de todo juicio), de establecer con nosotros una comunicación.

TEATRO

Llegada del Old Vic en forma de paloma

Por Jorge IBARGÜENGOITIA

"The trouble with this play (*La Dame aux Camélias*) is that every old bitch wants to commit it."

—Lord Paperton

Esto no será una crítica, sino una confesión: yo detesto a Vivien Leigh. Destruyó mi vida. Me convirtió en lo que soy en vez de un hombre de provecho.



Actriz en proceso de encantamiento

Cuando apenas empezaba a desarrollarme, se me presentó, inigualable, bajo la forma de Scarlet O'Hara, la mujer que nunca supo qué quería, ni de quién, ni cómo, corriendo con un enorme vestido y enseñando los calzones, enamorando a un señor lánguido, cuyo único deseo positivo en la vida consistía en no verla más, asesinando a un soldado que después de todo no buscaba más que un rato de esparcimiento y, por último, celando, abandonando y deseando ardientemente al hombre que nunca entendió: el gran Rett Butler. Ésta es La Mujer, me dije, y allí empezaron mis desventuras.

Ahora, que no soy más que un anciano amargado, la veo y me dan ganas de partírla la cabeza a hachazos. Ella sigue incansable, decidida a llevar al cabo su propósito de envenenar el corazón de dos o tres generaciones. Junto a la obra de Dumas, la peor de Tennessee Williams es *Caperucita Roja*: un hombre se enamora de una mujer porque la ve escupiendo sangre y ella lo acepta con la intención de contagiarlo.

¿Por qué la compañía de repertorio más fuerte de Inglaterra tiene que venir a ponernos una pieza de segunda escrita por un francés inexperto hace cien años?



El autor (a la derecha) trata de calmar los ánimos de los invitados a una fiesta a la que nunca llegaron los miembros del Old Vic

La obra nunca dijo nada especial: véase, si no la escena entre Duval y Margarita: "La sociedad provinciana es muy exigente; por purificado que esté su amor hacia mi hijo, no verán en usted más que su pasado. La familia de mi presunto yerno se ha enterado de la relación de usted con Armando y me ha dado a entender que el matrimonio de mi hija no se llevará a cabo mientras dure esta situación. En el nombre de su amor por Armando, le pido que le conceda la felicidad a mi hija." ¿Alguien se convence con eso? Sólo Margarita Gautier.

Los doctores Kohler y Katz, entre sus numerosos e interesantes experimentos encaminados a valorar la mentalidad de los simios, incluyen el caso siguiente: "En el zoológico de Keningston estaban en la misma jaula dos orangutanes machos y una hembra; ésta, como suele ocurrir con las de su sexo, gustaba de conceder sus favores a uno de los orangutanes, dejando al otro como quien dice... en ayunas. Este último, que gozaba del espectáculo, pero no de la hembra, desarrolló todas las características propias de la neurastenia, hasta que acabó rompiéndose la cabeza contra las rejas de su prisión, en uno de sus frecuentes ataques de melancolía. Lo anterior demuestra de manera irrefutable que los orangutanes reaccionan de la misma manera que los humanos: las actividades sexuales ajenas les parecen insostenibles." Si hasta los doctores Kohler y Katz se han dado cuenta de los peligros que corre el que se expone a las veleidades ajenas, ¿por qué nadie ha prohibido *La dama de las camelias*? Al contrario, las grandes actrices se lanzan a poner la obra, absortas en su duelo

de a ver quién tose mejor y quién se cae con más elegancia en los brazos de Armando.

Pero dejemos a un lado la superficialidad y adentrémonos a la parte científica de mi estudio. Ante todo, los costos.

Un abono de segundo piso clase "B":	\$ 80.00
Cuatro botellas de tequila que tuve que llevar a cuatro fiestas a las que se suponía falsamente que iban a asistir los miembros de la compañía:	\$ 52.00
Cuatro noches pasadas en vela en espera del Old Vic:	(?)
Dos Gin & Tonic que tomé para que se me quitara la indignación:	\$ 23.00
Alka Seltzer:	\$ 00.35
Taxis:	\$ 43.00
Total:	\$ 198.35

Como puede verse, la verdad no se compra así nomás.

Conviene antes que dé una pequeña explicación. Yo no acostumbro entrevistar a las personas, especialmente a las que vienen de fuera; nunca sé qué preguntarles y no me importa nada lo que me contestan, pero esta vez pensé que sería oportuno contravenir mi hábito, pues no sé si porque los del Old Vic eran más simpáticos que los miembros de las otras compañías que han venido, o porque traían un figurón, el caso es que varias personas hicieron fiestas con el fin aparente de "agasajar a Vivien". No me invitaron a mí, por supuesto, pero yo de todas maneras me presenté puntualmente, noche tras noche, y presencié el desastre: no llegaron ni los

tramoyistas. Por fin, la quinta noche, cuando ya había yo perdido toda esperanza y cuando mis facultades físicas y mentales estaban muy deterioradas como resultado de cuatro desveladas seguidas, apareció la compañía *in toto minus Vivien*. Haciendo un acopio de las fuerzas que me quedaban, me levanté y empecé a preguntar: "¿Qué opinan en Inglaterra de México?" Después de un rato, llegué a la conclusión de que no opinan nada. No me desanimé; cambié de táctica: me acercaba a uno de los actores, lo empujaba a un rincón y allí, con cierto misterio, le preguntaba: "¿Qué opina usted del Old Vic?" "Es una buena compañía. Yo trabajo en ella." "¿Qué opina usted de Vivien Leigh?" "Well, this is strictly off the record, you know? bla bla bla." Todos estábamos de acuerdo. "¿Por qué montaron *La dama de las camelias*?" Nadie tuvo la menor idea. Órdenes superiores, parece. Empecé a sentir una gran amistad hacia estos jóvenes, cuya floración ha sido destruida también por Scarlet O'Hara & Co. Arrastrados por nuestra amargura y rencores comunes, platicando, platicando, descubrimos que el bufón canta una canción larguísima al final de *Noche de Epifanía*, cuando en realidad la obra ya ha terminado, sólo para dar tiempo a que Viola se ponga un vestido de mujer y salga a dar las gracias, como una tarántula, ocupando todo el foro.

Cuando llegué a mi casa, abrí el Shakespeare, y vi que al final de *Noche de Epifanía* el bufón canta una canción del tamaño del mundo. Quizá yo estoy equivocado y Vivien Leigh es una buena persona que no hace más que seguir las acotaciones.